

Luz Aída Lozano Campos

Licenciada en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Actualmente cursa la maestría en Filosofía en la misma institución donde desarrolla la relación entre mito y poesía a través de la obra de Ernst Cassirer. Le motiva estudiar el lenguaje en sus dimensiones poética, religiosa, política y social.

Saberes

No necesito hundirte en mis palabras ni sacarte entero como noche separada de sí misma. Eres un silencio que no toco, apenas un recuerdo luminoso, vertido adentro. No preguntes no puedo dibujarte no eres el mismo ahora te acomodas detrás de todas las consignas de tanto ruido que tu amor emana si no quiero estar sola. No hay un paso más desde tu imagen, no avanzo de ti te me remueves, secreto absurdo que los peces cuentan, al agua que sabe. Te supiste todo desde antes, hasta ese dolor que desde sí arrastra todo lo que anuda. Y supiste hablarme cualquier cosa y ocultar que algo te sabías del otro lado de mi cama. Y supiste hacerme de tu magia esperando en ti trenes que pasan estaciones hasta donde nunca se acaba esto de quererte como a un niño esto de quererte hasta el primero de mis días que sabes habitar.

Nostalgia

Una manta que teje todos tus días dormido, huele a después de hacernos el amor, perdida en cuatro puntos cardinales, de un mapa que no existe. *Vos sos hermosa* y de repente tu cuerpo es el juguete que nunca dejé de abrazar, la madrugada lúdica de un tiempo, en que el tiempo era apenas un recuerdo, del día de ayer. Un aire de naufragio visitaba a veces la ventana sin saber de nosotros, había ojos cerrados en los muros, que evitaban mirar. Tan adentro de mí como semilla, promesa de flor entre las manos, tan poco te quise y tu cabello, huele un poco a pecado a vagabundo, en la acera después de llover. Afuera un chorro de agua que duró, el tiempo exacto y preciso, en que me giraste de la cama para tenderme un prado imaginario. Olía al primer jardín donde de niña, descubrí que a veces en silencio, podíamos no pensar en dios. A la orilla de ti contigo adentro mezclada en la tensión de nuestros ojos, cerrados en la misma oscuridad, que te sirvió para *llegar*. Tu mano, sola isla en ese mar, el único resquicio posible, donde hubo luz.

I.

Pensar el cuerpo en palabras, hacer de carne las palabras que entraron a mi cuerpo como frases, destino encrucijada deletreada dentro, tanto como nunca te enteraste, que la palabra penetrada era un suicidio, un caso de soportar la vida a la deriva de nadie. Y escribo sin dar la vuelta atrás, como sigo asciendo contigo, o más bien me arrastro entre los peces de tu deseo de algún pez que bebe las paredes de su propia casa, las paredes de su propia casa que es el agua metida entre sí misma. Lenguaje límite, herida a mis espaldas, rezo que chocha y chocha hasta que nace un dios que no existe, para poblar el mundo de preguntas y soportar de nuevo y navegar de nuevo este juego en mi tristeza, que es más bien levedad, deseo de carne, de volverme a meter en la materia, de encajarme en mi cuerpo de salida, de-volver al tiempo en el instante, derramada de tus ojos. Me quitaste el cuerpo para verme como yo y yo ya no era nadie sino un oleaje reiterado de ganas de olvidar. Me miraste toda desgarrada, desde aquel punto de ti, donde no te cabes como duda. Permaneciste entero.